



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

PENSAR A SALVADOR ALLENDE

Por Eugenio Tironi Barrios

Los aniversarios son ocasiones favorables para intentar dejar atrás aquellos fantasmas del pasado que nos persiguen, impidiéndonos hilvanar el futuro en paz. No es seguro que la conmemoración de los 50 años del golpe militar lo consiga del todo, pero podría abrirnos nuevos caminos para proseguir, avanzando gradualmente en tal dirección. O, al menos, para no retroceder.

Las generaciones que no vivieron ese quiebre de forma directa, sino mediatizado por sus padres y sus abuelos, no lo han borrado de su trayectoria vital, y es bueno que así sea. Es la forma como se va edificando eso que llamamos una Nación, que no es más que una acumulación de recuerdos atesorados por todos, aunque en diversa intensidad. Lo que se ve en los jóvenes de hoy es el interés por empatizar con ese drama humano que ellos no vivieron, antes que reafirmar alguno de los discursos ideológicos que sostuvieron sus actores; de reflexionar acerca de las responsabilidades compartidas antes que descargar la culpa sobre unos u otros; digamos que de comprender antes que juzgar o



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

condenar. Es, tal vez, la manera de reconciliarse con sus antepasados directos, que no fueron héroes, pero tampoco unos miserables. Así lo hace Alejandro Zambra (1975) en su novela *Formas de volver a casa*, cuando rememora a los adultos escuchando en Radio Cooperativa las noticias de allanamientos y de muertos, y cómo entonces “los niños entendíamos, súbitamente, que no éramos tan importantes”.

Con todo, hay una figura que aún está lejos de ser integrada al paisaje de nuestra memoria común: la del presidente Salvador Allende. Mientras algunos buscan revivir su estampa cada vez que resulta posible, otros quisieran que se cosificara en la zona más húmeda y oscura de los archivos históricos. Pero no es posible: las huellas del doctor Allende están presentes en la nación que somos, dando fe de los caminos que hemos recorrido y recordándonos aquello a lo que podemos llegar, desde lo más sublime a lo más abominable.

1.

En verdad, la intervención militar de 1973 no tomó por sorpresa a nadie. Todos sabíamos que un quiebre, en cualquier sentido, era inevitable. Sin embargo, la violencia que desplegaron las Fuerzas Armadas esa mañana de septiembre, en los días inmediatamente



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

posteriores, y luego por años y años y años, superó todo lo imaginado. Cabe recordar que ese día bombardearon el Palacio de Gobierno, con el presidente de la República y sus colaboradores adentro. Fue bombardeado también el hogar del Dr. Allende en Tomás Moro. En todo el país fueron perseguidos y apresados los dirigentes de partidos, de sindicatos, de asentamientos y agrupaciones poblacionales sospechosos de ser cercanos al gobierno caído o de haber tomado parte en huelgas, tomas o reivindicaciones. Miles de militantes de partidos de izquierda tuvieron que dejarlo todo y buscar asilo en embajadas. Se estigmatizó sistemáticamente todo lo que hubiera tenido que ver con el gobierno precedente, sembrando el terror en los chilenos identificados con la Unidad Popular, que a pesar de todas las dificultades que asolaban al país, en las elecciones parlamentarias de 1973 llegaron a cuatro de cada diez electores, Todo esto en circunstancias en que la resistencia armada al golpe militar fue casi nula y la Junta Militar declaraba que su propósito no iba más allá de “restablecer la institucionalidad quebrantada”.

La extrema violencia del golpe reveló, como había advertido proféticamente el general Carlos Prats, que cuando las FF. AA. intervienen lo hacen con una dureza que los civiles no imaginábamos. La única vez que hablamos del asunto, mi padre me había prevenido: tenía grabada en su memoria la matanza del



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Seguro Obrero en 1938. Pero esa violencia, la de 1973, reveló algo aún más profundo: la intensidad que había alcanzado la demanda autoritaria en aquellos sectores de la sociedad que percibieron al gobierno de la Unidad Popular como el punto final de una amenaza que se venía engendrando desde mucho antes, al menos desde el inicio de la reforma agraria, y cuyo miedo se había convertido ya en una furia inmisericorde.

En su novela *Cuando éramos inmortales* (1998), Arturo Fontaine relata los acontecimientos a través de los cuales Emilio, un niño de clase alta, va despidiéndose de la inocencia para encontrarse con su ineludible vulnerabilidad, mientras el mundo que lo rodea se va resquebrajando y cayendo a pedazos a raíz precisamente de la reforma agraria. A través de su mirada es posible entrever el impacto que esta tuvo sobre las bases de aquel mundo tradicional cuyas raíces se remontaban a la hacienda, y escuchar cómo se abrían esas grietas que daban aviso de la crisis social y política que venía preparándose desde hacía ya tiempo, para desembocar en la violencia del 11 de septiembre de 1973. Para Emilio, ahí se inició lo que Fontaine llama “el desconcierto”.

Así como el niño de Zambra descubrió por Radio Cooperativa “que no éramos tan importantes”, el de Fontaine descubrió por la



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

reforma agraria que “no éramos inmortales”, ni él, ni su familia, ni sus formas de vida.

2.

Los orígenes de la polarización previa al golpe militar, así como de la inusitada y premeditada violencia que tuvo este, deben buscarse mucho antes de 1973 e, incluso, de 1970.

En rigor, Allende y la Unidad Popular no habían hecho mucho más que exacerbar las tres tendencias características del consenso político-económico que imperó en Chile durante la mitad del siglo 20: industrialización vía protección del mercado interno, integración social acelerada y ampliación de la democracia política. En una primera etapa los indicadores económicos de su gobierno fueron positivos, pero rápidamente se generaron desequilibrios extremos en el sistema económico, tales como inflación y desabastecimiento. Esto multiplicó la movilización social, agudizó y polarizó el conflicto político, y precipitó el desgaste del sistema institucional hasta terminar por paralizarlo, con una confrontación sin salida entre el Ejecutivo y el Congreso, mientras la Contraloría tomaba partido y el Tribunal Constitucional observaba.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Salvador Allende insistió hasta el final en una estrategia pacífica y constitucional de tránsito al socialismo, aun al costo de moderar un programa de gobierno que, desde el paro de octubre de 1972, era evidente que carecía del respaldo social y político necesario para ser llevado íntegramente a cabo. Prueba de ello es que, ante el riesgo de una crisis social e institucional, incorporó en el gobierno a las Fuerzas Armadas, donde contó con el respaldo institucional del general Prats. Buscó asimismo el concurso de la Iglesia católica para acercarse a la Democracia Cristiana, que era la principal fuerza de oposición, para conseguir su apoyo a cambio de una severa limitación del programa y una incorporación mayor de los militares en el gobierno. Pero todas estas iniciativas orientadas a apaciguar al país y restablecer un sano funcionamiento institucional finalmente fracasaron.

3.

¿Cuál fue el motivo por el que fracasaron los intentos de acercamiento que podrían haber evitado el 11 de septiembre de 1973? No hay un motivo: fueron varios y superpuestos.

La sociedad, de partida, estaba ya hondamente dividida en dos bandos irreconciliables. La población, en su mayor parte, daba como un hecho que no había más salida que la imposición de un



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

bando sobre el otro. Reinaba una suerte de “desesperanza aprendida”.

La coalición de partidos que formaban la Unidad Popular, de otra parte, estaba dividida frente a la estrategia que proponía el Presidente, que consistía en hacer una pausa para ampliar su base de apoyo y evitar el quiebre inminente del Estado de derecho. El Partido Comunista lo respaldaba, pero el Partido Socialista y sus fuerzas satélites se oponían en forma tajante. A estos últimos la situación *per se* no les preocupaba, pues a su juicio el proceso de cambio pasaría inevitablemente por un enfrentamiento armado: la cuestión fundamental, entonces, no era hacer una pausa sino prepararse para encararlo en las mejores condiciones.

Quizás el doctor Allende pudo haber seguido el camino que le indicaba su intuición, aun al costo de romper con su partido, el Socialista. Quizás era lo que tenía planeado hacer ese mismo 11 de septiembre: no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, en sus últimas palabras desde La Moneda, se despidió del pueblo, de la madre obrera, de los profesionales, de la juventud, del obrero, el campesino, el intelectual, pero omitió cualquier mención a esa Unidad Popular que fue creada por sus propias manos, así como a sus partidos, dirigentes y militantes. En un orador eximio como él



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

esto no es un olvido sino un desquite, como lo sugiere Ascanio Cavallo¹.

Otro de los motivos que precipitaron el golpe, así como su extrema violencia, fue que en la oposición a Allende había cristalizado un núcleo poderoso que era partidario de extremar las contradicciones. Al igual que los líderes del Partido Socialista, veían con buenos ojos el quiebre institucional, porque ello podía dar pie a su propia revolución: la reconstrucción económica y política de Chile sobre bases enteramente diferentes a aquellas de los “30 años” previos a 1970, que presentaban como un período de decadencia en todos los planos, incluyendo el moral. De hecho, habiendo ya pasado un tiempo, algunos de sus líderes intelectuales confesaron sin pudor que esa había sido su intención, y que por lo mismo habían torpedeado toda posibilidad de una salida negociada. Este núcleo refundacional, como se probó con posterioridad, contaba con una extensa red de apoyo, incluso en la administración estadounidense. Y fue el que finalmente se impuso al interior del nuevo régimen, conduciendo al quiebre con las fuerzas restauradoras representadas por la Democracia Cristiana, por los gremios que se habían movilizado contra Allende y por corrientes más continuistas en las propias Fuerzas Armadas.

¹ Ascanio Cavallo, “El último discurso de Allende”, diario *El País*, 21 mayo 2023, en <https://elpais.com/chile/2023-05-21/el-ultimo-discurso-de-allende.html>



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

4.

La crisis de 1973 no fue simplemente el fracaso político de Allende, o el colapso de la UP y su proyecto, como muchas veces se lo presenta en forma simplista. Fue mucho más que eso. Fue el desplome de un modelo que por largo tiempo intentó congeniar la integración social, la industrialización y la ampliación de la democracia, sobre la base de una fuerte intervención del Estado. Este modelo, hay que decirlo, no había sido en absoluto un ensayo original de Chile, ni de la Cepal —que se convertiría luego en otro blanco de los demonizadores—; fue el proyecto que guió a la mayoría de los países capitalistas al finalizar la segunda posguerra. En Chile colapsó con Allende, quien ensayó superar su desgaste radicalizándolo. Pero en los años siguientes cayó también en el resto del mundo, incluyendo países de larga tradición socialdemócrata, bajo gobiernos mucho más moderados que el de la Unidad Popular y, por cierto, sin golpes de Estado.

Salvador Allende, entonces, no fue la causa de la explosión del Chile que le tocó encabezar: antes bien, fue una de sus víctimas, tal vez la primera. El fue, hasta su final, un hombre fiel a su tiempo, con todo lo que aquel tuvo de utopía y de tragedia. Cometió errores, como fue no ponderar adecuadamente la crisis en



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

ciernes al momento mismo de asumir. Esta se había expresado dramáticamente en el asesinato del general Schneider, en el intento por reponer al presidente Frei Montalva a través de una triquiñuela y en el “Estatuto de Garantías” que le impuso la Democracia Cristiana como condición para cumplir con la formalidad de la ratificación del Congreso. Allende confió en que podía sortear estas turbulencias —y las que se veían ya en el horizonte— con su habitual astucia política, antes que emprendiendo medidas de fondo; entre ellas, suavizar los aspectos más radicales de su programa, ralentizar su ejecución, y ceder a las presiones de Estados Unidos tras la nacionalización del cobre. No lo hizo, y si lo intentó fue ya demasiado tarde; pero esto no lo transforma en el causante del desplome de la democracia chilena, como algunos insisten en repetir.

Aunque los años transcurridos deberían haber enfriado las pasiones y dotado de una mejor perspectiva histórica, lo cierto es que la figura de Allende sigue siendo causa de conflicto. Para el golpismo, él fue el chivo expiatorio sobre el cual cargaron todas las responsabilidades de la tragedia. No resulta raro que, como reacción al intento de satanizarlo y borrarlo para siempre del recuerdo colectivo, surgiera en Chile y el mundo una ola romántica orientada a idealizarlo y apagar cualquier crítica a su obra.



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

5.

El tiempo de Salvador Allende acabó con su cadáver tendido en La Moneda, arrastrado por un cataclismo que sacudió a la sociedad chilena desde sus raíces y que se impuso sobre la voluntad de los actores políticos. Por lo mismo, sería un acto de miopía y, sobre todo, de ignorancia, que medio siglo después de su muerte no intentáramos reconocer a Salvador Allende su lugar en la continuidad histórica de la nación.

Yo mismo tenía 22 años para el 11. Militaba activamente en un partido de la Unidad Popular, el MAPU, pero nunca fui allendista. A los ojos de un joven de izquierda impulsado por el catolicismo progresista de la época, el doctor Allende no era un líder a quien seguir, sino una figura más del sistema que había que dejar atrás. Su estilo de vida y su retórica me resultaban ajenas. No veía con buenos ojos su manera de gobernar, basada en su legendaria “muñeca” política. Lo veía como un político más volcado a la retórica que a la acción, con más confianza en la astucia que en la estrategia, en fin, más orientado al acomodo que a la revolución. Toda su trayectoria como diputado, ministro y senador, la interpretaba bajo ese sesgo.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

A ese Allende, reitero, nunca le tuve simpatía. Pero, ¿a quién le importa? Esa no es la figura que emerge el 11 de septiembre de 1973, ni la que ha quedado en la memoria larga de Chile y del mundo entero.

Comprendo la intención de historiadores y politólogos que buscan separar las ideas de la UP de los valores que Allende enarboló al morir. O sea, separar su gestión como presidente de su gesto final como persona humana; disociar el Allende histórico del personaje simbólico. El intento recuerda el relato de Philippe Descola de los indígenas de la región del Alto Xingu, en Brasil, que en el siglo XVI, al escuchar de los españoles que cuerpo y el alma eran diferentes y se podían separar --algo enteramente ajeno a su cosmología—, procedieron a ensayarlo con un ser vivo: como no resultó concluyeron que la religión de los conquistadores era falsa². Cuando se lidia con una figura humana, más aún de la envergadura de un Salvador Allende, me temo que aquel ejercicio de separación es estéril; casi tanto como pretender (guardando las muy debidas distancias) separar al Jesús histórico —uno más de los tantos predicadores que recorrían la Judea de entonces haciendo milagros y declarándose hijos de Dios— del Cristo crucificado sobre cuya figura sacrificial se fundara el cristianismo.

² Philippe Descola, *Más allá de naturaleza y cultura* (Amorrortu, 2012).



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Los últimos momentos de la vida del Presidente Allende abarcaron apenas unas horas, un lapso ínfimo en el curso de una vida, pero de tal grandeza que todo lo demás se hace anécdota. Con el permiso de quienes confían en la ciencia para descifrar el comportamiento humano, me parece que en la historia es siempre así: aquello que queda registrado se juega en un instante, en un “Et tu, ¿Brute?”.

La estampa de Allende quedó para siempre marcada por su decisión de resistir en defensa de sus principios —y, de paso, de la Constitución—. Como el presidente que no cede a las amenazas ni acepta transacciones en su beneficio. Como el jefe que ordena salir de La Moneda y salvar sus vidas a aquellos cuya hora de inmolarsé aún no había llegado y que debían contar la historia. Como el líder que pide a sus seguidores no sacrificarse en vano. En fin, como el hombre que termina quitándose la vida para evitar que se esfume su recuerdo.

6.

La historia consagra a sus personajes no por mérito a la trayectoria, sino por su reacción en un momento crítico de la vida propia y de su comunidad. En esto radica su eterno y cautivante misterio. Un gesto noble puede hacer gigantesca a una figura



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

enteramente corriente, mientras una mueca de cobardía puede empañar para siempre un recorrido de grandes logros.

Todo habría sido distinto si ese martes 11 Allende hubiese actuado como era dable presumir por su trayectoria previa: buscando una salida negociada. No lo hizo, y su gesto clausuró un ciclo en la historia de Chile y en la trayectoria de vida de cada uno de sus compatriotas, fueren partidarios u opositores. Su cuerpo ensangrentado en el salón de La Moneda bombardeada cerró a machete, para ambos bandos, toda posibilidad de volver atrás. Un corte de este calado no lo produce un comité ni un texto de historia. Solo lo consigue la emoción provocada por una figura humana que, en el momento decisivo, elige actuar según sus valores y abrazar su destino.

Fue su gesto final el que hizo que Allende no haya dejado de estar presente en la vida de Chile desde el 11 de septiembre de 1973. Para unos como un oráculo, para otros como esperpento o un incómodo convidado de piedra; pero ahí está, inapelable, marcando para siempre la memoria de Chile.

7.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

La presencia de Allende no se puede eliminar por decreto. Se intentó por años, y fracasó. Tampoco será borrada por el mero paso del tiempo, como algunos quisieran. La memoria es un animal indomesticable. Y además se hereda. A veces los hechos y las figuras del pasado se vuelven aún más vivas en las nuevas generaciones, en quienes no actúa el olvido fruto de la represión que provocan los traumas, y la vergüenza.

François Furet en su clásico *Pensar la Revolución Francesa*³, escrito a propósito de la conmemoración de su bicentenario, señala que “el drama que comienza en 1789 se vuelve a jugar, generación tras generación, alrededor de las mismas encrucijadas y los mismos símbolos”, como si la Revolución hubiese “fundado la civilización política al interior de la cual la Francia “contemporánea” es inteligible”. Tras el 11 de septiembre de 1973 quizás Chile quedó destinado a seguir ese mismo camino, y en tal caso hay que “pensar a Salvador Allende”.

³ F. Furet, *Penser la Revolution Française* (Gallimard, 1978). Versiones en castellano en Ediciones Patrel (1980) y Siglo XXI Editores (2023).